

HACIA UNA NUEVA CULTURA

Desde siempre, el hombre ha debido encarar constantes cambios y nuevas situaciones, desde las más particulares e íntimas, hasta aquellas que debe enfrentar en su condición de sujeto social, parte de un gran todo mucho más amplio y complejo, que es el resultado de la yuxtaposición de las diferentes propuestas culturales que el mismo ser humano ha venido construyendo en el tiempo.

Hoy, el hombre se enfrenta de nuevo a uno de esos retos, quizás el más significativo de los últimos tiempos. Es aquel que se alza desde la gran marea de una cultura nueva, planetaria, que rebasa los límites geopolíticos de naciones antiguas, nuevas y “supernuevas”. Estamos hablando de una cultura que nos propone la misión de crear una relación insospechada con nuestros pares, con nuestro entorno inmediato y con el universo conocido y por conocer.

Una nueva cultura se esta gestando. Una que se expresa a través de cambios de relaciones y de conductas aparentemente imperceptibles pero que, sin embargo, producen en la comunidad mundial un corte muy profundo con el pasado inmediato.

Esta nueva propuesta cultural se nos presenta polifacética, trizada, compuesta por muchas formas yuxtapuestas en una suerte de rompecabezas que admite que existan, al mismo tiempo, conductas y expresiones de vida a veces inorgánicas, anacrónicas y hasta contradictorias entre sí.

Sin embargo, pienso que, precisamente por eso, es indispensable y urgente un profundo proceso de armónica interrelación cultural. Ese mismo que solo se podrá alcanzar en la medida que aceptemos como igualmente válidas a esa multiplicidad de expresiones culturales, porque es justamente en la convivencia armónica entre esas diversidades donde radica la riqueza de la cultura humana. Es esa mezcla vital la que construye el caminar ascendente de nuestra especie.

Es aquí, en este paulatino proceso de interrelación armónica, donde resulta fundamental la inclusión de valores como la justicia, la equidad, la solidaridad y la **aceptación gozosa** de las diferencias.

Hablo de **aceptación gozosa**, porque he llegado a rechazar vehementemente la palabra tolerancia, aplicada a la cultura. En ella

está inherente el concepto de soportación, logrado a través de un ejercicio de renuncia. Se llega a tolerar algo incómodo, negativo o hasta odioso, como un mal olor, por ejemplo; el usar el mismo término refiriéndolo a personas, me parece a lo menos denigrante.

Las culturas están en constante interacción. En ese contexto de comunicación global, no será viable una relación cultural en una situación de mínima equidad, si quienes formamos parte de ese proceso no podemos gozar de la libertad necesaria para expresar plenamente nuestra creatividad.

Pero, así como abogamos por nuestros derechos, de la misma forma se nos plantean obligaciones que dicen relación con el rol activo, fundamental, personal e intransferible que cada uno de nosotros debe cumplir dentro de esa dinámica de relación en equidad. Si tenemos la posibilidad de acceder a una perspectiva más amplia para juzgar lo que acontece a nuestro alrededor, no cumpliríamos con nuestro deber como sujetos sociales, si no tomamos parte activa en los cambios que nos toca vivir.

La importancia de las fuerzas, de los riesgos y las expectativas que están en juego, nos obliga a salir de nuestra propia soledad y a buscar una relación de interdependencia que marcará sin duda en forma muy especial nuestro futuro cercano. Debemos buscar cada vez más instancias de reflexión y sentir en carne propia no solo la importancia de poder pensar juntos, sino también, y tal vez con más urgencia, la necesidad de re-pensarnos a nosotros mismos.

En las comunidades de cualquier tipo, las necesidades compartidas son las que dan vida a formas prácticas de solución que, al repetirse en el tiempo, configuran una verdadera infraestructura de solidaridad y de cooperación en equidad entre sus miembros.

Las necesidades a que hago referencia, están en la base misma de garantizar un nivel de calidad de vida que va más allá de la simple supervivencia biológica, y son comunes a todos los habitantes de este planeta.

El desafío que enfrentamos es el de lograr construir, más allá de la simple satisfacción de esas necesidades, una relación entre seres humanos de tal profundidad y fuerza, que constituya el punto de partida de una nueva cultura.

Para acercarnos al logro de ese objetivo, es cada día más urgente realizar un esfuerzo conjunto para conseguir el acceso a nuevos y mejores estados de desarrollo cultural, a través de la armónica convivencia entre las diferencias. No creo que sea muy difícil iniciar este camino, aunque sea en este alejado rincón del mundo.

A pesar de que podríamos considerar como negativos múltiples aspectos del proceso de globalización, no es menos cierto que ese mismo proceso también nos indica con certeza que cualquier experiencia humana, por muy pequeña o marginal que sea, está íntimamente interrelacionada con el resto del mundo y que, de hecho, influye de alguna manera, sea positiva o negativamente, en el desarrollo cultural global, según sean los valores que la inspiren.

Claudio di Girolamo